



## 127 HOMBRES SIN CORAZON

Del prof. Antonio Martínez

El asunto pudiera parecer macabro, propio de una horripilante historia de aquel Drácula que tanto nos asustaba cuando éramos niños. Pero el hecho está ahí, real, envuelto en los complejos pliegues de la ciencia actual, fruto de complicados descuellos y serias investigaciones en favor, paradójicamente, de la vida. Efectivamente, hasta hoy, ciento veintisiete personas yacen en su lecho final sin corazón. Son los estoicos soldados de

un nuevo tipo de ejército que ha nacido y que, posiblemente, y si las cosas no cambian, habrá de ir aumentándose día tras día. Reverso triste de la moneda de los «trasplantes» del que, naturalmente, no resulta pòtico hablar; héroes anónimos de los que apenas nadie se acuerda. Quizá porque dieron sin saber que lo hacían o porque tampoco pudo pedírseles permiso para que hicieran su postro «obra buena». Son el oneroso precio que el progreso ha pedido a los estupefactos hombres de nuestra generación espacial...

Pero mientras registráramos estas inevitables divagaciones en la natural computadora de nuestro intelecto, ésta nos devolvía, de forma tajante e incontentible, una respuesta estremecedora: «El fenómeno de los hombres sin corazón se está dando, con una proporción mucho más alarmante, en el seno de la sociedad de los seres vivos». ¿Será posible? Analicemos. Es cuestión de un poco de imaginación y análisis. Volvamos hacia atrás las manecillas del reloj del tiempo para dejar a un lado el frío y mecánico concepto que actualmente se le ha asignado a nuestra muy llevada y traída viscera cardíaca y pensemos en ese sentido integral, romántico, espiritual y, sobre todo, bíblico de la palabra «corazón», es decir, en ese otro tipo de centro motor de la vida metafísica difícil de ubicar, asiento de emociones, sensibilidades y sentimientos que expresan la realidad de un alma y que la proyectan, de forma tangible, hacia la Humanidad. Porque, en este aspecto, ¿cuántos sienten que no se «encuentran» el corazón? Innumerables hombres andan, hablan, trabajan, comen, leen, discuten..., en suma: rutinan, sin poder sentir en sus entrañas el hormigueo de aquel alma emocional y delicada de sus primeros años. O rezan, cantan, se hinojan y actúan, religiosamente, sin poder sentir en su espíritu —por más que se esfuerzan— el aleteo de una fe auténtica y llena de verdadero contenido divino.

No se necesita la agudeza de Séneca para constatar esta verdad: el mundo de nuestros días está infectado de hombres sin corazón. Son aquellos a quienes los desengaños de la vida, con toda la secuela de complejos que ésta proporciona, les ha «operado» un trasplante incruento mucho más profundo que el de un quirófano, haciendo posible que la tragedia más honda, el dolor más crudo y la necesidad más apremiante de su prójimo les haga mantenerse —sin poder vencer esta inercia— insensibles y fríos. Gente para quienes las palabras Dios, Jesucristo, cielo, eternidad, pureza, perdón, esperanza, paz, han perdido ya su significado y, por lógica, su fuerza trascendente, dejándoles una arteriosclerosis de alma más dramática de lo que a simple vista pudiera parecer, porque drama es darse cuenta de que ya no se tiene sensibilidad para amar, que se ha perdido la capacidad de la compasión y que no se logra sentir —por más esfuerzos que se hagan— la noción de una auténtica fe. ¿Y quién será capaz de resolver «esta papeleta»? ¿A qué médico se puede ir con tal problema y obtener plena solución? ¿En quién se puede uno confiar? ¿Qué queda por hacer que no se haya hecho ya?

La posición del hombre actual sería de puro fatalismo si no pudiera decirse que hay una respuesta a su problema, que puede hallar liberación a su mal. Porque hay un Ser que no envejece con los siglos ni muda con las nuevas argumentaciones de la Teología. Uno que, desde el ayer de los hombres, observa y coteja el curso de la historia; que está tomando nota en el libro de su eterna sabiduría y prepara un dossier sobre cada uno de los hechos que el hombre realiza en esta tierra. Que se ha presentado a sí mismo en el excelso libro de la Creación. Que ha puesto límites al mar; que no permite que nuestra sangre se salga de sus angostos canales ni que el aire se escape de la atmósfera para diluirse en el vacío, porque sabe que lo necesitamos para respirar. Que está por encima de los mezquinos intereses de los hombres y que ni participa en sus injusticias ni aprueba sus componendas. Que antes que el mundo fuese ya existía y, en su atarna esencia, continuará existiendo cuando el ser humano, por su naturaleza pecador, autodestruya lo poco de bueno que le queda. Un Ser que todavía permite que su Sol salga sobre los buenos y malos, tan sublime y alto que está por encima de los «telones» de credo, color y clase que los hombres nos hemos fabricado. Incólume a los espantos que le hemos lanzado a la cara, todavía sigue intentando comunicarse con aquellos mortales que le buscan sincera y compungidamente. Y para que comprendiéramos su amor permitió el hondo misterio de la Encarnación, haciéndose visible a los hombres en su Hijo, el Ungido-Salvador. El único médico capaz de arreglar el corazón de todos aquellos que a él se allegan. Por eso fue necesaria su muerte en el Gólgota, porque allí tenía lugar «el gran trasplante» que la humana naturaleza necesitaba para poder renacer a una vida de esperanza y paz. Por eso escribí el libro de su gran historia. Un volumen que tardó en estar concluido mil quinientos años y que contiene la solución al problema del corazón endurecido. Un libro que revela los secretos de ese gran Creador del Universo y que puede estar en tus manos porque ha sido escrito para ti. Su contenido: Hablarnos de Aquel que, desde los eternos parajes, visió hasta llegar a las riberas de la tierra. Su plan: Revelar que hay una vida después de la muerte para la que debes estar apercebido. Su secreto: Que la «revelación» de este libro puede ser entendida únicamente por quienes, sin reserva mental alguna, buscan en él la solución del problema del mal. Su propósito: Que todo hombre tenga un nuevo corazón, impermeable al pecado y lleno de paz. Su título original: Las Escrituras del Nuevo Pacto (Nuevo Testamento). Su promesa: «Os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne». Su manera de conseguir este gran libro: Es un regalo de parte de Dios que te ofrece-mos gratuitamente tan pronto nos lo solicites.

Escribe a: EVANGELISMO EN ACCION. Apartado 5.486. BARCELONA.



## PRODUCTORES EJEMPLARES

Un periódico de Valencia publica un artículo en el que se pasa de relieve el gran amor y agradecimiento que los valencianos tienen a los árboles. Tras hacer una serie de consideraciones que van de lo pòtico a lo económico, el articulista añade un párrafo referente al aspecto social del problema. Dice textualmente lo siguiente:



«Los valencianos aman a los árboles porque son, como dijo el poeta, obreros incansables y gratuitos, cuyo salario paga el cielo, no se declaran en huelga ni entonan el himno de Riego ni la Internacional, ni vociferan gritos subversivos ni socavan los cimientos del orden social. Para ellos, la cuestión social no está en que los exploten, sino al revés, en que los hagan halgar».

## TANGUILLOS DE CADIZ

La tradición gaditana de glosar en coplas y tanguillos populares los acontecimientos del día no parece haber terminado. En un cancionero recientemente editado he encontrado la siguiente copla sobre los viajes a la Luna:

*Si Julio Verne volviera a la Tierra  
estupefacto se tenía que quedar  
en cuanto viera cómo sus inventos  
han progresado una barbaridad,  
y se diría el pobre muy apenado  
vaya faena le hice a la Humanidad,  
pues todo el mundo anda de coronilla  
porque a la Luna quieren llegar.  
Cuando lleguen a la Luna  
los rusos o americanos  
y regresen del planeta  
que digan qué han encontrado:  
seguro que lo que han visto  
son comparsas y chirigotas  
lo mismo que aquí en la Tierra,  
muchos caritas y muchos carotas,  
que abusando del obrero  
ganan el dinero y se ponen las botas.*

## PATRIARCA POR LOS CUATRO COSTADOS

He aquí un título que no existía hasta que ha sido concedido a un anciano profesor de Medicina por una Universidad española. Un diario de la ciudad publica una extensa crónica dando cuenta de la concesión «de este título nuevo, bíblico y majestuoso de Patriarca de la Medicina Española». En el acto del nombramiento, un profesor de aquella Universidad tuvo para el homenajeado palabras que muy bien merecen una mención de arriba abajo, y al homenajeado se le daba por la derecha y por la izquierda, no se puede poner en duda que don... es ya patriarca por los cuatro costados».

de la ley de Dios». Pasó luego a explicar, «en un cuadro genealógico, la ascendencia y descendencia docentes del ilustre catedrático» y, después de leer gran número de telegramas y cartas de adhesión, añadió: «Si vuestros fuertes aplausos para este nombramiento son una aprobación "de abajo arriba; si los documentos que he leído, procedentes de las alturas, significan una aprobación de arriba abajo, y al homenajeado se le daba por la derecha y por la izquierda, no se puede poner en duda que don... es ya patriarca por los cuatro costados».